



**Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá**



## **Las alhajas de la viuda**

Doña Petrona era una rica viuda a quien agradaron tanto las joyas, que no quiso que, ni aún después de muerta, se desprendiesen las que usaba de su cuerpo.

Estaba muy grave. Cumplió debidamente con Dios, confesando y comulgando devotamente; luego llamó a una sobrina, que hijos no tenía, y después de darle sus instrucciones para el mejor modo de repartir su hacienda, que era considerable, le rogó que una vez muerta la engalanara con todas sus joras y la enterrara así. La sobrina, que la quería sinceramente, lloró mucho y le prometió entre sollozos que haría todo lo que ella quisiera.

La enferma mandó traer a su cama el pequeño baúl -el caramaguá-í mi- en que guardaba las alhajas, y haciéndolas esparcir sobre la colcha gozó por última vez del juego alegre de la luz de un sol que se hundía y cuyo largo rayo dorado se filtraba a través de una ventana entreabierta fulgiendo sobre las [137] lucientes crisólitas, el oro *bruñido de los rosario-grano, los mboy-encadenado*, y el fino encaje áureo de las ricas filigranas...

Y al anochecer murió.

Después de los primeros momentos de lloros y rezos y de un irrumpir en la pieza mortuoria de todos los vecinos y aún de los que pasaban por la calle, se procedió a vestir y engalanar el cadáver. En las orejas frías colocaron los grandes *namichais* de tres pendientes de pesada y rica crisólita; en el cuello y sobre el yerto pecho se colocó toda una colección de *mboy* y *rosarios grano*, de collares de coral engarzados en oro y de cadenillas del mismo metal. Un gran *kyguá* de oro sujetaba los cabellos grises, y los inertes dedos engarabitados de las manos muertas se llenaron de *cuairús* de diversas clases: amelonados, de ramales, carretón, etc...

Colocada sobre la mesa, entre los cirios encendidos, era un espectáculo emocionante el de aquel despojo humano tan macabramente adornado para el sepulcro. Pero como la cara de la muerta tenía una grande y serena paz, no llegaba a infundir miedo.

Al tener noticia del suceso empezaron a llegar numerosas personas de los más [138] lejanos valles, pues doña Petrona era muy conocida y estimada. El velorio fue concurridísimo y animado. Las apreciaban con envidiosa mirada la gran cantidad de ricas joyas destinadas a desaparecer bajo tierra y comentaban con viveza aquel capricho postrero que privaba a los parientes de tan valiosa herencia. Pero en sus sencillas conciencias, en las que el culto de los muertos es una dogma, encontraron muy natural la obediencia de la sobrina al extravagante capricho, sin ocurrírseles que ella pudiera retener ni una sola prenda.

No pensó lo mismo un mozo, forastero en el pueblo, llamado Ticú, que no fuera amigo de la viuda, a quien apenas si conociera de vista.

Era el tal, vicioso empedernido que se pasaba el día y las noches jugando y bebiendo. Por curiosidad concurrió al velorio y al ver el cadáver enjoyado, se propuso *in-pectore* apropiarse las joyas.

-Al fin, se dijo, ¡no le hacen falta a la muerta y en cambio a mí...! Qué apuestas famosas voy a hacer con su importe, con ir luego a otro pueblo lejano a venderlas...

Al día siguiente por la mañana fue [139] el entierro. El pueblo en masa asistió a las exequias. La banda iba delante desentonando atrozmente una tocata que pretendía ser fúnebre, pero que, a ratos, a fuerza de incoherentes estridencias, parecía alegre. Las mujeres iban muy compungidas y, los de la banda: un bombo, *Diego jhú*; un violín asmático, *paí Husto ayura peré*; y un cornetín atónico, *paí Loló carapé*- tocaban con todo brío convencidos de la importancia que les cabía en el acto. El cajón llevado a pulso por las relaciones de la difunta, obligaba a tomar respiro cada dos o tres cuerdas, depositándolo sobre *sillas ybyrá*, que portaban al efecto algunas mujeres del cortejo. Llegaron al modesto cementerio del pueblo y luego que el señor cura rezó el réquiem<sup>(19)</sup>, depositado ya en la huesa el cajón en medio de un clamoreo de llantos de los parientes y amigos, se retiraron todos. La fosa quedó sin apisonar por cuanto el encargado de hacerlo, el sepulturero *Paí Lacú*, estaba ausente y sólo al día siguiente volvería.

Pasó Ticú el día muy nervioso. Al atardecer, cuando la hora de ir al cementerio se aproximaba, fue al almacén, [140] ingirió una buena dosis de caña para darse valor se proveyó de una azada, un cortafierro y un martillo y esperó que cerrara la noche para

dirigirse al camposanto. Alguien que le vio tomar el camino real que a él conducía, le preguntó a dónde iba.

-*Ayo-o-vo entierro* (a cavar un entierro) contestó. Y se alejó deprisa.

Llegó al cementerio. La noche estaba muy tranquila; pero no así el ladrón cuyo corazón latía a romperse cuando, saltando la tapia enana, se encontró en la silenciosa morada de los muertos. La luz de la luna semivelada por grandes nubes errantes, que a ratos la ocultaban del todo, se quebraba sobre las blancas lápidas humildes y las negras crucecitas cuyos colgantes paños ondeaban al viento. Reinaba un silencio profundo, interrumpido a ratos por el chillido agudo del *suindá* y el «*cuá cuá*» del agorero *tayasú-guyrd*.

Avanzó braveando, en una fanfarrónica actitud, mintiéndose a sí mismo una serenidad que no sentía; pero al pasar cerca de un largo y pensativo ciprés, de entre cuyo negro follaje voló un pajarraco nocturno, tuvo un sobresalto de miedo que casi lo hace retroceder. [141]

Sacó entonces su inseparable caramañola, un *jhy-á cuá* tapado con un pedazo de mazlo de maíz, y tomó abundantemente de la caña que contenía. Con ello se sintió más audaz.

Llegó a la tumba y, fácilmente, valiéndose de la azada, levantó toda la tierra fofa que aún no fuera apisonada y descubrió el negro cajón. Aquí el valor flaqueole de nuevo, pero una maniobra igual a la anterior, consiguiendo embriagarlo por entero, lo animó a levantar la tapa, y lo consiguió después de enérgicos martillazos.

Un rayo de luna iluminó la faz de la muerta e hizo fulgir las alhajas que la adornaban. Deslumbrado por su brillo, el ladrón extendió las manos y cogió las joyas a puñados, guardándolas en un bolsillo. En la prisa por concluir tironeó los collares y los rosarios de oro con tanta violencia que algunos se soltaron. Otros consiguió arrancarlos enteros; pero al querer sacar el *kyguá* prendido al cabello, se enredó la joya en las trenzas en tal forma, que sólo con un tirón muy fuerte consiguió desprenderla. Con la violencia del tirón las cerradas pupilas se entreabrieron. Sintió Ticú un miedo loco, que le erizó los pelos y [142]enajenado guardó la peineta, juntamente con el gris mechón de cabellos arrancado con ella y, a cuyo contacto se le disiparon los vapores del alcohol dejándolo completamente lúcido.

Cerró rápidamente, mal que mal, el cajón encajándole la tapa con un golpe de martillo y quiso alejarse huyendo; pero al hacerlo sintió que le tiraban del poncho. Apavorado, estremecido, dio un fuerte tirón sin conseguir desprenderse y ya transtornado de espanto gritó: ¡*Epoí!* ¡*Epoí!* creyendo que era la muerta quien lo sujetaba. Como no lo soltasen, tiró aún con más fuerza arrojando desesperadamente sobre el cajón todas las alhajas hurtadas. Ni miraba por no ver al vengador despojo sujetándole del extremo del poncho. Tironeando con todas sus fuerzas consiguió, al fin, desprenderse y salir corriendo, pero al llegar a la tapia no tuvo ya fuerzas para saltarla y, preso de aquel indecible pavor, cayó desvanecido...

Al día siguiente, el sepulturero quedó extrañadísimo al encontrar la sepultura violada y el cajón mal cerrado con un pedazo de poncho clavado, juntamente con la tapa, por el ladrón mismo en el horror de su acción infame.

Los habitantes del pueblito tuvieron otro asombro al encontrar al día siguiente al jugador y alegre Ticú con los cabellos blancos y revueltos, con una mueca de espanto esterotipada en el rostro, vagando con paso incierto, inconsciente, loco, repitiendo a ratos con un grito de suprema angustia: *¡Epoi! ¡Epoi!...*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

